

El viaje de Jorge Isaacs a la Sierra Nevada de Santa Marta ¹

JUAN JOSÉ HOYOS²
Escritor y periodista

Entre 1881 y 1882, como integrante de una Comisión Científica nombrada por el gobierno colombiano, el escritor Jorge Isaacs recorrió los inmensos y hasta entonces inexplorados territorios de las estribaciones nororientales de la Sierra Nevada de Santa Marta, la banda oriental



1 El autor presentó el texto que acá se publica con su autorización en el "IX Simposio Internacional Jorge Isaacs: El creador en todas sus facetas", que se celebró en Cali del 23 al 27 de octubre de 2017.

2 Nació en Medellín, Colombia, en 1953. Escritor y periodista egresado de la Universidad de Antioquia. En 2017 recibió el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, en la categoría de Vida y Obra, por su destacadísimo aporte al oficio y a la enseñanza del periodismo en nuestro país. Asimismo, recibió en 1995 el Premio Nacional de Periodismo Germán Arciniegas por su reportaje periodístico "El Oro y la Sangre" (1994, 2005). Durante más de veinticinco años ejerció la docencia universitaria en la Universidad de Antioquia, donde formó centenares de nuevos periodistas en los géneros de la crónica y el reportaje. Como resultado de esta labor docente, publicó el manual: "Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo" (2003). Asimismo, ha publicado varias selecciones de sus trabajos de reportaje y crónica tituladas: "Sentir que es un soplo la vida" (1994), "Viendo caer las flores de los guayacanes" (2006) y "El libro de la vida" (2006). Luego de varios años de investigación histórica publicó "La pasión de contar: el periodismo narrativo en Colombia 1638-2000", una antología de los mejores cronistas colombianos durante varios siglos, con un estudio introductorio sobre la evolución del periodismo narrativo en Colombia desde la época colonial hasta finales del siglo XX. Como novelista, ha publicado "Tuyo es mi corazón" (1984), y "El cielo que perdimos" (1990). Cada semana publica una crónica en la edición dominical del periódico El Colombiano, de Medellín.

del río Magdalena, el Valle de Upar y la península de la Guajira. Buena parte de ese territorio era conocido desde el periodo colonial con el nombre de Provincia de los Chimila, uno de los grupos indígenas más temido del nordeste del país, pero que para la época ya estaba casi diezmado y se había refugiado en las selvas húmedas colindantes con la Sierra Nevada de Santa Marta.

El objetivo de la Comisión era continuar los trabajos de cartografía, mineralogía, botánica y etnografía iniciados en la década de 1850 por la llamada Comisión Corográfica. Esta tuvo que interrumpir su labor en 1859, después de la muerte del geógrafo Agustín Codazzi cuando él empezaba a estudiar la costa Norte, en el alto Cesar.

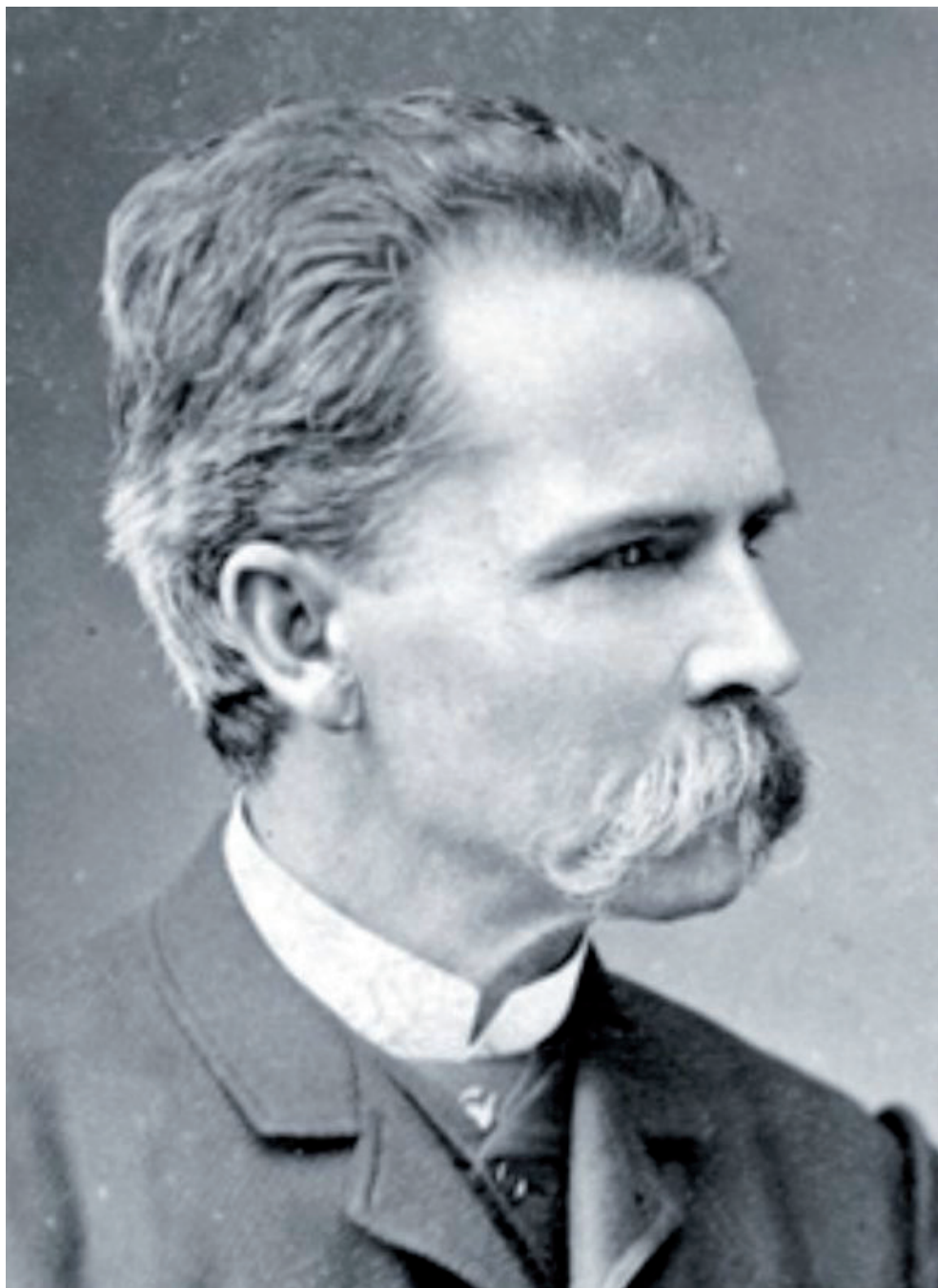
Inspirado por las lecturas de *Facundo*, del escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento, y de su maestro colombiano Manuel Ancizar —director del periódico El Neogranadino y autor de las primeras crónicas de la Comisión Corográfica—, en su recorrido, que duró casi un año, Isaacs hizo un estudio admirable no solo de la geografía de esta región sino de su población indígena, sus culturas y sus lenguas. Producto de su trabajo es el *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*, una obra singular en los estudios etnográficos y en la historia del periodismo narrativo en Colombia.

Antes de partir, Isaacs habló con Ancizar, su copartidario en las filas del liberalismo radical y su hermano en las logias masónicas. “Los viajes que hice por las costas e interior del Estado del Magdalena, los apuntes que en tales excursiones tomé, tenían por objeto escribir un libro en la forma en que dejó enseñada el señor doctor Manuel Ancizar en las *Peregrinaciones de Alpha*. Al partir de Bogotá en 1881, el ilustre y bondadoso maestro me estimuló para la ejecución de una obra así, verdaderamente superior a mis fuerzas, y las últimas palabras animadoras, de cariño, casi paternales, que oí de sus labios, diéronme muchas veces persistencia de voluntad, fe en el éxito —ilusoria pero necesaria— y ánimo paciente, probado sin conmisericordia en tantas ocasiones”³.

3 Jorge Isaacs, *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*, Edición crítica de María Teresa Cristina, Universidad del Valle y Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2011, pag. 47.

Manuel Ancízar era un escritor, abogado y periodista, nacido en Cundinamarca en 1812, que fundó en 1848, junto con un grupo de artistas, El Neogranadino, un periódico y una imprenta del mismo nombre, al cual estuvieron vinculados algunos de los dirigentes liberales más importantes de la revolución de 1850. Ese año, Ancízar se unió a la Comisión Corográfica creada por el gobierno liberal para dar luz a una nueva Expedición Botánica, similar a la que creó José Celestino Mutis en la época colonial, poco antes de la revolución de independencia. Como secretario de esa comisión, recorrió a lomo de mula ocho provincias del Oriente de Colombia, desde Bogotá hasta Cúcuta, y escribió una serie de crónicas que fueron publicadas en El Neogranadino y luego editadas en un libro con el título de *Peregrinación de Alpha por las provincias del Norte de la Nueva Granada en 1850 - 1851*. En sus crónicas, Ancízar describe, como lo haría un etnógrafo, el paisaje de esa región y las costumbres y la cultura de la gente que la habitaba, muchos de ellos mineros dedicados a explotar los yacimientos de esmeraldas y carbón: contó su vida diaria, pero también se adentró en su alma y habló de sus supersticiones y sus fantasmas.

Debido a la muerte del general Agustín Codazzi, la Comisión Corográfica se vio obligada a interrumpir su trabajo sin concluir la exploración de la región Caribe. En 1881, el gobierno de Rafael Núñez decidió crear una Comisión Científica Permanente que terminara esos estudios. Como jefe de la Expedición fue contratado el explorador argelino José Carlos Manó. Jorge Isaacs fue nombrado secretario. El gobierno le asignó la misma responsabilidad que en su momento tuvo Manuel Ancízar: hacer una descripción pormenorizada —también llamada corografía— de la región y redactar los informes de la Comisión. Según la ley que la creó, los estudios debían ocuparse no solo de los aspectos físicos, sino del entorno animal y vegetal y de la organización social de la población existente en esos territorios, aunque debía darle prioridad a la búsqueda de minas y recursos vegetales hallados en sus bosques.



Jorge Isaacs

Isaacs partió de Bogotá con destino a Santa Marta en octubre de 1881. Desde el comienzo, las relaciones entre los miembros de la Comisión fueron tirantes. Su jefe no logró ganarse el respeto científico de sus colaboradores. Isaacs tomó la decisión de emprender su recorrido por su cuenta y riesgo, en forma solitaria. Entonces se dirigió a la vertiente occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta y en enero de 1882 publicó su primer informe sobre “Las hulleras de Aracataca”. Mientras tanto, el resto de la Comisión viajó a Padilla con su jefe José Carlos Manó y en pocos meses se desintegró al agudizarse las diferencias entre sus miembros. Aunque Isaacs perdió el contacto con la Comisión, cumplió su tarea y envió informes periódicos al gobierno central y al Presidente del Estado del Magdalena informando de los recursos minerales aprovechables y del estado de las tribus indígenas. Durante once meses estuvo recorriendo algunas de las regiones más desconocidas de Colombia, cruzando caminos y selvas casi intransitables y viviendo entre tribus indígenas diezmadas por los abusos de la población blanca y mestiza y llenas de rencor contra los “colombianos”, como ellos mismos llamaban a los colonos que les habían arrebatado sus tierras y los habían obligado a refugiarse en las estribaciones de la Sierra Nevada.

Hasta el siglo XVIII, el territorio Chimila estaba comprendido entre el piedemonte de la Sierra Nevada de Santa Marta, la isla de Mompox y la Ciénaga de Zapatosa, la ribera derecha del río Magdalena, el río Ariguaní y el río Cesar. Su capital era Eupari, la ciudad del gran Cacique Upar, quien ejercía su dominio sobre una federación de aldeas como El Molino, Villanueva, Chiriguaná, El Banco y Fonseca. El territorio chimila se extendía desde el centro de la Guajira, en el norte, hasta el río Magdalena, en el sur, y desde la Serranía de Perijá, en el oriente, hasta la Sierra Nevada de Santa Marta, en el occidente.

Algunos de los informes de Isaacs fueron publicados en periódicos regionales de Santa Marta. Debido a sus denuncias sobre el abandono y el maltrato dado a los indígenas por parte de algunos funcionarios del gobierno provincial, que se preocupaban más por vender licor a los indios y cohonestar con los atropellos de los colonos, los informes despertaron la animadversión del gobierno del Estado del Magdalena. Por este motivo, el contrato de Isaacs fue suspendido. Él se vio obligado a terminar su trabajo con la ayuda de un préstamo de unos

amigos. Al final de su viaje, reescribió todos los informes en Bogotá y los entregó al gobierno en 1884. Estos fueron publicados en los Anales de Instrucción Pública en octubre de ese año, pero a causa de la guerra civil de 1885, el periódico solo empezó a circular de nuevo en 1886.

En ese momento, los liberales partidarios de la revolución radical —a los cuales pertenecía Isaacs— habían sido derrotados y el gobierno del presidente Rafael Núñez se había aliado con los conservadores para promulgar la nueva Constitución de 1886, que disolvió la república federal, instauró un régimen centralista, devolvió amplios poderes al presidente de la república, firmó un Concordato con la Iglesia Católica y dejó en sus manos la educación pública.

El estudio de Isaacs fue recibido con animadversión. Miguel Antonio Caro, uno de los más entusiastas admiradores de su novela *María*, escribió un artículo titulado “El darwinismo y las misiones” en el que criticó a su autor por defender las ideas religiosas de los indígenas y exaltar sus formas de vida atacando el trabajo de siglos de los misioneros católicos españoles y desvirtuando sus esfuerzos por civilizar los pueblos “salvajes”. Caro cuestionó las tesis darwinistas sobre el origen y la evolución del hombre defendidas por Isaacs y sostuvo que el único camino de redención de los indígenas era la adopción de la religión católica y la lengua española como propias y la aceptación como suyas de las costumbres y tradiciones de la “raza civilizada”⁴.

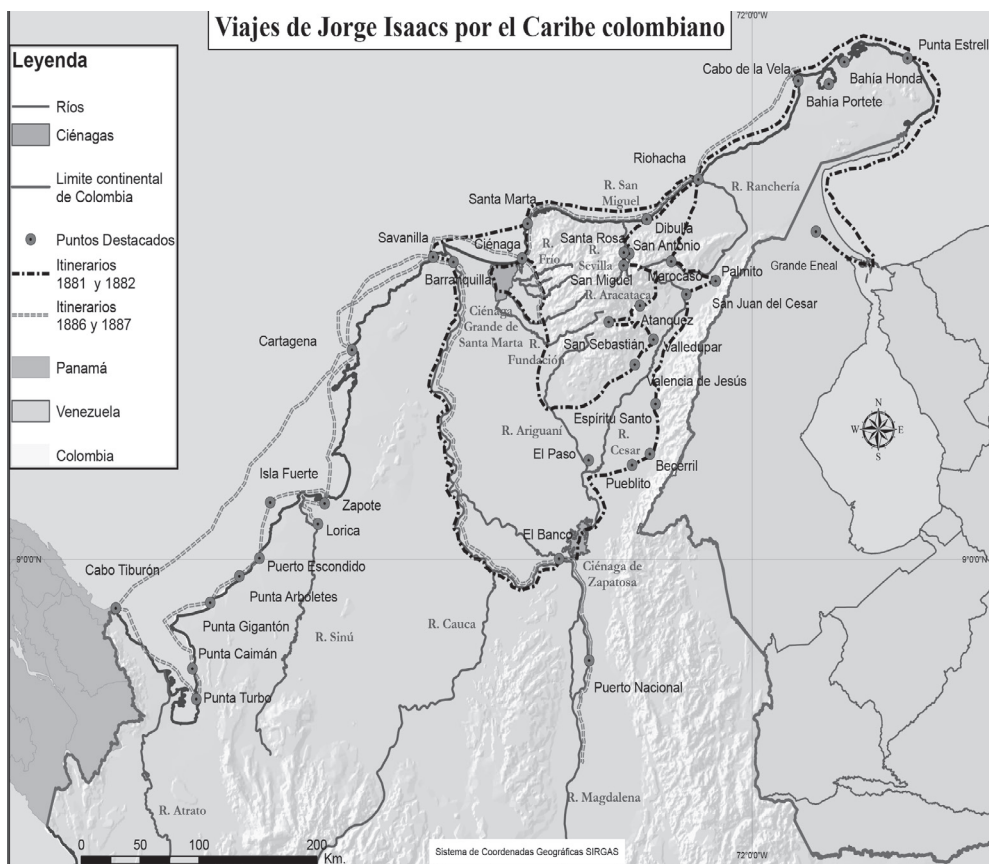
El *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena* está compuesto por cuatro partes: la geográfica, la histórica, la dedicada a las lenguas indígenas y el catálogo de la colección de objetos de interés arqueológico enviada al Museo Nacional. La Edición crítica publicada por la Universidad del Valle y la Universidad Externado de Colombia contiene además una serie de cartas y documentos relacionados con el descubrimiento de los yacimientos de carbón y petróleo publicados por Isaacs en los periódicos de su época. Estos están ordenados en forma cronológica y permiten seguir paso a paso la ruta de sus exploraciones.

⁴ Miguel Antonio Caro, “El darwinismo y las misiones”. En: Jorge Isaacs, *Estudios sobre las tribus indígenas del Magdalena*, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, Editorial Iqueima, 1951.

La parte geográfica contiene una descripción detallada de los territorios del entonces llamado Valle Dupar, Ciénaga, Aracataca, Fundación, Chimichagua, El Banco, la laguna de Zapatosa, Riohacha, las estribaciones de la Serranía Motilona y la Sierra Nevada de Santa Marta, San Sebastián de Rábago, las riberas del río Magdalena en su último tramo, antes de desembocar en el mar, y las cuencas de los ríos Cesar, Ariguaní y el río Hacha. En una época en que la fotografía todavía no se había difundido en forma amplia en Colombia y los periódicos y los libros impresos aún no publicaban fotograbados, las palabras de Jorge Isaacs describían de manera colorida y llena de vida los paisajes de esta región:

“Al despuntar el día es muy bello el panorama. El ramal de los Andes que desciende al río Magdalena, cerrando muy lejos el Valle Dupar al sur de Tamalameque, va levantándose hasta las serranías de Ocaña, de perfiles indecisos en el confín del horizonte. Avanza la cordillera de Perijá rectamente al septentrión y sus cumbres redondeadas a veces, angulosas y abruptas a trechos, se destacan en la blancura refulgente del cielo, y sesgando en el Cerrejón hacia el levante, dejan libres el abra anchurosa de la Guajira, fondo último de tintes de ópalo y fulgores de oro. La masa gigantesca de la Nevada se prolonga al nordeste y el Shinundúa y las otras cúspides níveas que lo circundan, irradian al despuntar el sol reflejos indescribibles que se cruzan en el éter con los primeros rayos de la aurora: son como dos alboradas esplendentes que sorprendidas y en arrobamiento se contemplan. Duerme el valle a sus pies, y sus llanuras de verdor amarillento bordadas por selvas serpenteantes de color sombrío, aparecen a distancia veladas aún por vapores azulinos. En la hondonada, algún reflejo de las aguas del Cesar, o del Magdalena al sudeste; y en esa dirección, líneas vagas de los ramales que bajan de la Cordillera Central hasta inmediaciones de El Banco: momentos después la diamantina corona de la Sierra se apaga; parecen sus picos de amatista y lapislázuli, y el astro rey difunde luz y vida sobre el hemisferio de América”.⁵

5 Jorge Isaacs, *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*, Universidad del Valle y Universidad Externado de Colombia, Edición crítica de María Teresa de Cristina, Bogotá, 2011, pag. 41.



Las descripciones geográficas están sustentadas no solo en la observación directa sino en numerosas fuentes bibliográficas. En algunos pasajes, Isaacs corrige algunos errores —sobre todo en el trazado de los ríos y sus afluentes— que encuentra en los mapas oficiales existentes, después de constatar sus imprecisiones sobre el terreno.

La segunda parte, dedicada a la historia de los pueblos indígenas que han habitado la región, es sin duda la más valiosa. En una época en que la etnología apenas daba sus primeros pasos en las universidades europeas y todavía era una disciplina casi desconocida en Colombia, Jorge Isaacs emprendió un estudio etnográfico de la tribu chimila y de los arhuacos de la Sierra Nevada sin antecedentes en la historia de las ciencias sociales en nuestro país.

Al tratar de describir la realidad de un grupo social, antropólogos, etnógrafos, historiadores, sociólogos y periodistas se enfrentan a un problema común en su trabajo: retratar con palabras la vida en toda su complejidad. En 1881 y 1882, Jorge Isaacs se vio en las mismas circunstancias. Para lograr su propósito, en primer lugar, aprovechó su capacidad de observación perfeccionada durante años en su oficio de poeta y escritor de novelas. También aprovechó su sensibilidad, aguijoneada no solo por las experiencias dolorosas o sublimes de su propia vida, sino por las copiosas lecturas de los autores clásicos de la literatura universal, los románticos franceses y los cronistas de viajes. Por último, se apoyó en las experiencias de su maestro, el periodista Manuel Ancízar, narradas en su libro *La peregrinación de Alpha*, y en su propia experiencia como periodista: en 1881, Isaacs ya había sido colaborador de periódicos como *El Programa Liberal*, *Los Principios* y *El Escolar*, en Cali; *El Mercurio* y *Sud América*, en Chile; y *La Nueva Era*, en Medellín. También había publicado su libro *La revolución radical en Antioquia*.

Entonces, aprovechando sus dotes de escritor y periodista, guiado por su sensibilidad, su inteligencia y su intuición, y sin ser un etnólogo formado en una academia, en su aproximación a los indios chimilas y a otras tribus Jorge Isaacs aplicó sabiamente los principios fundamentales de lo que años más tarde los antropólogos llamarían el método etnográfico.

Este método fue formulado por primera vez por Bronislaw Malinowski, un antropólogo y etnólogo británico —nacido en Polonia en 1884—. Malinowski era doctor en filosofía, física y matemáticas y en 1913 comenzó su carrera como profesor de la Escuela de Economía de Londres. Allí se doctoró en ciencia en 1916 y conoció la obra *La rama dorada*, de James Frazer. A raíz de su lectura empezó a inquietarse por la antropología. Malinowski es considerado uno de los primeros antropólogos que salieron de su entorno cultural para recopilar datos y estudiar otras sociedades en su propio lugar de origen. Su primer trabajo de campo lo hizo entre 1915 y 1918 en la isla de Nueva Guinea, en el sur del Pacífico. Allí se dedicó a estudiar la cultura de sus habitantes. Sus trabajos sobre las relaciones sociales, el parentesco y los sistemas religioso, mágico y comercial de los nativos, los recogió

en su obra *Los argonautas del Pacífico Occidental*, publicada en 1922 y considerada una de las obras fundamentales de la antropología.

Para Malinowski, el objetivo final de su método era comprender el punto de vista del nativo, su relación con la vida, su visión del mundo. Para lograrlo, proponía registrar de manera clara la organización del grupo social objeto de estudio y la anatomía de su cultura. También consideraba que era importante consignar todos los imponderables de la vida cotidiana y el tipo de conducta de los miembros del grupo. En este sentido, sugería recoger todo el tiempo observaciones detalladas en la forma de una especie de diario etnográfico. Para él, esto se hacía posible a través de un contacto cercano con la vida de los nativos. Por último, Malinowski era partidario de acopiar toda clase de declaraciones etnográficas, narrativas características, expresiones típicas y manifestaciones del folclor, y registrarlas en documentos.⁶

El método etnográfico tiene, pues, un componente de observación y descripción y un componente de reflexión sobre el material recopilado. En el desarrollo del primero cumple un papel esencial el trabajo de campo, que consiste en el desplazamiento del investigador al sitio de estudio; en el registro y examen de los fenómenos sociales y culturales de su interés, mediante la observación y la participación directa en la vida social del lugar; y, por último, en la utilización de un marco teórico que le da significación y relevancia a los datos que recoge.

El trabajo de campo tiene como meta final la escritura. El etnógrafo es, en lo esencial, un escritor. Escribe constantemente notas, diarios, fichas, y los resultados de sus observaciones los expresa en textos.

El trabajo de campo, al igual que la etnografía, ha sido mitificado. Su creador también fue Malinowski. Su nombre proviene del ámbito del naturalismo y de las experiencias de los viajeros del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

En el trabajo de campo, además de algunas técnicas introducidas por Malinowski, como el diario de campo, es especialmente importante la

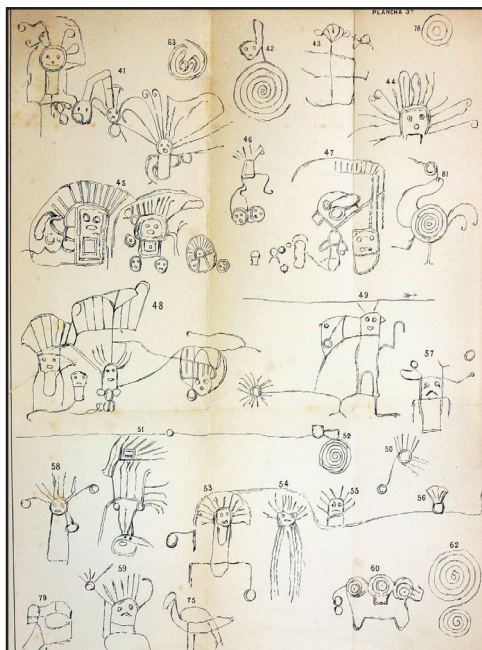
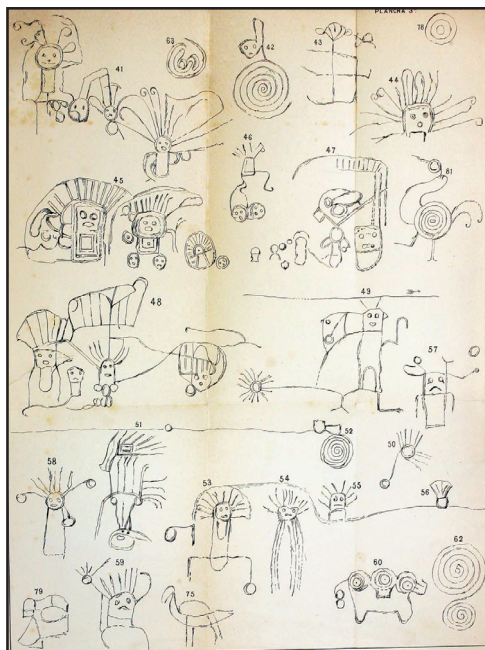
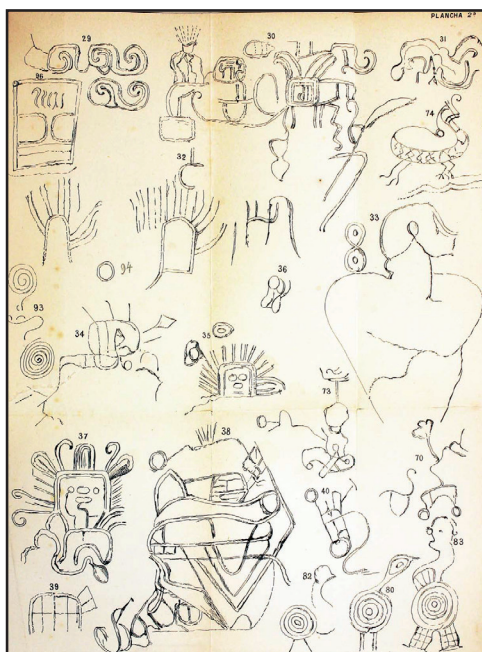
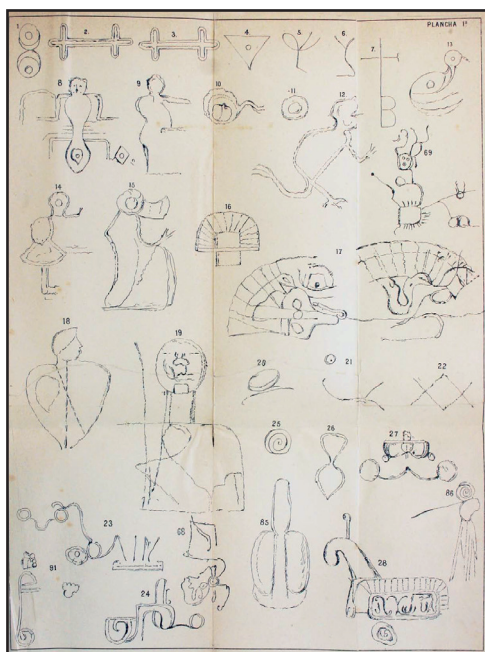
⁶ Un recuento más amplio de estos conceptos puede verse en: Juan José Hoyos, *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2003.

actitud del investigador que las aplica. Esta actitud podría resumirse en la necesidad de sumergirse sin prejuicios en la cultura de los otros con el fin de comprenderla y aprehenderla. Esto significa lograr una empatía, un saber situarse frente a los otros.

Sin la formación científica de un etnólogo, esto fue lo que hizo Jorge Isaacs en su viaje por el estado del Magdalena en 1881 y en su encuentro con las tribus indígenas que habitaban su territorio. Así narra, por ejemplo, su acercamiento con los mamós de los indios businka:

“Los sacerdotes businkas de la Sierra Nevada de Santa Marta, una vez que pude ganarme su cariño y estimación, me referían que en los altos montes de Sulikava, al sudeste de los nevados, nacieron los primeros hombres, para esparcirse en familias por toda la tierra. Kankusina (Dios) y su esposa Nahueyekan habían engendrado la especie humana, y el grupo escogido de ella fueron los descendientes Kavio Kúkui, nieto de aquel Creador Universal. La humanidad vivía entonces en un medio o ambiente casi tenebroso, porque ni el sol ni la luna alumbraban: apenas se percibía en la tierra el débil resplandor de Hûkue (constelación del Tauro), de Minkoko Avankaba (Sirio), de Nauteke (Júpiter) y de otras estrellas, que en largos tiempos no se divisaban. De tal región bajaron Busin-Diuave y sus descendientes, que eran, por su genitor, de la raza de Kavio Kúkui, y marchando como a tientas de cumbre en cumbre y de abismo en abismo, llegaron al fin al valle que fue primer asiento de la nación businka— treinta kilómetros al norte de San Sebastián de Rábago. De súbito apareció el sol en el oriente, y Busin fue convertido en la enorme piedra sagrada que en el valle me mostraron. El musgo de los siglos ha cubierto en contorno, bajo densa alfombra, los amuletos de cornerina, ágata, mármol y pórfido. La roca no tiene signos ni en el dorso ni en los flancos: los businkas le dan el nombre de *Busin-Diuave*”.⁷

⁷ Jorge Isaacs, *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*, Universidad del Valle y Universidad Externado de Colombia, Edición crítica de María Teresa de Cristina, Bogotá, 2011, pag. 70.



Dibujos de Jorge Isaacs a partir de sus observaciones etnográficas de la comunidades indígenas del norte de Colombia.

La tercera parte del estudio de Isaacs está dedicada a los vocabularios de las lenguas chimila, businka, guamaka, guajira y motilona. Estos van acompañados del alfabeto, los sonidos elementales, los signos ortográficos y de acentuación; los pronombres personales y posesivos; los adverbios de lugar, cantidad, modo, tiempo, afirmación, negación; las expresiones interrogativas; las preposiciones, conjunciones, adjetivos, sustantivos y verbos. Las expresiones numéricas. Los nombres propios de varones y algunas muestras de sus frases más usadas.

La última parte está formada por cuatro planchas con reproducciones de los petroglifos y otras figuras encontradas por Isaacs durante su viaje. También, por un catálogo de objetos de uso y artefactos de los indígenas enviados al Museo Nacional, tales como mantas, arcos, flechas, mochilas, esculturas, amuletos, vasijas, pipas, adornos personales, muestras de plantas medicinales, fósiles y muestras de minerales.

El Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena es un trabajo etnográfico y al mismo tiempo una crónica singular en la historia de las ciencias sociales y en la historia del periodismo narrativo en Colombia.

Fue realizado en 1884, cuando la etnología en el resto del mundo apenas empezaba a perfilarse como un método científico en ciencias sociales todavía embrionarias como la antropología cultural.

Con excepción de los cronistas de Indias de la época colonial y algunos misioneros españoles, no hay relatos de estilo etnográfico sobre las tribus de las que se ocupó Isaacs en su estudio. Los pocos autores que registran su existencia son los cronistas viajeros que recorrieron la Nueva Granada en el siglo XIX.

Los primeros trabajos etnográficos en Colombia son los del arqueólogo y etnólogo alemán Konrad Theodor Preuss sobre los indios kágaba, realizados entre 1914 y 1915 en la Sierra Nevada de Santa Marta. Años más tarde, Preuss también fue uno de los pioneros de las

excavaciones arqueológicas en San Agustín y del estudio de los indios huitoto del río Orteguaza en los años posteriores a 1930.

La etnología empezó a hacer parte de los programas de estudios universitarios cuando el gobierno liberal del presidente Alfonso López Pumarejo fundó la Escuela Normal Superior en 1936. Esta se convirtió en la cuna de las ciencias sociales en Colombia, sobre todo después de la llegada al país del antropólogo francés Paul Rivet. Varios de sus egresados se convertirían, más adelante, en los primeros profesionales de la arqueología y la etnología, luego de la fundación del Instituto Etnológico Nacional, en 1941.

Algunas de los apartes del estudio de Isaacs han sido calificados como “ingenuos” o de “escaso rigor científico” por algunos de los especialistas formados en el grupo de Paul Rivet después de 1940, sobre todo los que tienen que ver con sus interpretaciones sobre el significado de los petroglifos que encontró en la Sierra Nevada de Santa Marta. No así las evidencias que él expone sobre la cosmogonía, la organización social, las costumbres, el idioma, y ante todo el arrasamiento de los grupos indígenas por parte de los colonos blancos con la complicidad de los funcionarios del Estado.

Apoyándose en su visión del mundo y en las cualidades que había desarrollado en su formación como periodista y escritor, en su *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*, Isaacs recopiló una valiosa información geográfica, etnográfica, lingüística y arqueológica y recuperó la historia, la cosmogonía, la tradición cultural y aspectos de la lengua de los chimila y otros grupos aborígenes de la Sierra Nevada de Santa Marta, la Guajira y la Serranía Motilona como nadie lo había hecho hasta entonces. También narró por vez primera la catástrofe social y cultural que vivían los indígenas de su época.

Esa catástrofe empeoró en el siglo XX. Dos hechos acaecidos en la primera mitad de ese siglo abrieron de forma definitiva las puertas a la colonización de las llanuras centrales del departamento del Magdalena: la explotación del bálsamo natural (*Myroxylon toluiferum*), que tomó auge a partir de la década de 1920, y el descubrimiento de yacimientos petrolíferos que empezaron a ser explotados a partir de

1940. A raíz de ese descubrimiento, el Estado colombiano otorgó en concesión 405.287 hectáreas a compañías petroleras en las llanuras centrales del Magdalena para su exploración y explotación.

Ante la pérdida total de su territorio tradicional, los indígenas chimila tuvieron que pedir permiso a los nuevos dueños para construir sus viviendas y preparar sus rozas agrícolas en terrenos de las nuevas e inmensas haciendas que se formaron en la región. A cambio, contrajeron una gran cantidad de obligaciones con sus nuevos propietarios. Desde entonces, tuvieron que contentarse con habitar en los callejones de los caminos, sujetos a las burlas y los atropellos de los mestizos y la policía. Perdieron para siempre su independencia y autodeterminación y quedaron convertidos en aparceros en tierras ajenas y en peones y jornaleros de los “blancos”, dentro de un sistema económico cuya racionalidad les era totalmente extraña... Hoy, “pobres, hambrientos, humillados, avergonzados de su cultura y su heroico pasado ya olvidado, van de finca en finca buscando trabajo, un pedazo de terreno en donde construir sus miserables casas y en donde cultivar”.⁸

Isaacs ya lo había vaticinado medio siglo antes en su singular estudio: “Los civilizados son el principal estorbo, el verdadero obstáculo para la cultura de los indígenas; de ello me convencí a saciedad en mi viaje por aquella región del país”.⁹

A mediados del siglo XIX, cuando Isaacs apenas era un joven dedicado a tratar de salvar el patrimonio de su familia y trabajaba en la construcción del Ferrocarril del Pacífico, los indios chimila eran entre 5 mil y 6 mil. Cuando viajó al estado del Magdalena en 1881, solo quedaban unos 2 mil.

8 Carlos Alberto Uribe Tobón, “Los chimilas. Introducción a la Colombia Amerindia”. En: Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH, Bogotá, 1987.

9 Carta a Juan N. Cayón. “Borradores de viaje”. Riohacha, 13 de abril de 1882. En: Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena, Universidad del Valle y Universidad Externado de Colombia, Edición crítica de María Teresa de Cristina, Bogotá, 2011, pag. 262.

Con este hermoso libro, Jorge Isaacs cierra un ciclo en la historia de las ciencias en Colombia que empieza con la Expedición Botánica (1.800 a 1.810), continúa con la Comisión Coreográfica (1850 a 1859) y concluye con la Comisión Científica (1881 a 1882).

También cierra un ciclo en la historia del periodismo narrativo del siglo XIX en nuestro país que empieza con el sabio Francisco José de Caldas, continúa con Manuel Ancízar y llega a su culmen con Isaacs.

Jorge Isaacs es el último gran periodista de ese siglo. Era no solo nuestro más grande novelista, sino un naturalista que sabía de geografía, geología, astronomía, biología, botánica y mineralogía. También fue nuestro primer etnógrafo.

Emprendió el trabajo sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena con la misma ética civil con la que participó en el periodismo, en la educación y en las revoluciones y las guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX. Escribió el libro sobre los indígenas con la misma pasión con que escribió “María”.

Esa misma pasión lo llevó a descubrir los grandes yacimientos de carbón y de petróleo en el Cerrejón y en las llanuras de la banda oriental del Magdalena. Las mismas tierras donde Gabriel García Márquez, nuestro gran escritor del siglo XX descubrió años más tarde a Macondo —“una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos”— y escribió “Cien años de Soledad”.